

Las riquezas, pues, estorban al espíritu religioso, máxime si los religiosos han renunciado por medio del voto á ellas. ¿Por qué cuidan tanto de las cosas de este mundo los que tienen que vivir fuera y separados de él? Al cielo se entra sin maletas ni equipo, dijo un gran apologista católico; y estos reverendos, después de hacerles un servicio espiritual, se molestan. O andan equivocados de vocación, ó yo cometo un error en mis aseveraciones. Para lo primero, me basta decir que, si no se hubiesen mezclado en política, nadie los hubiera molestado. Para lo segundo, dejo probado que no incurro en equivocaciones.

De todos modos, las consecuencias de la lucha de partidos están bien claras: el nacimiento de los jacobinos y las Leyes de Reforma. Unos y otras se deben al Partido Conservador.

CAPITULO X

LA APARICIÓN DE UN HÉROE, ÉMULO DE GRIEGOS Y ROMANOS.

I

ESCRITO está en los anales de la historia de México, que los más grandes libertadores, los más conspicuos guerreros y los estadistas más prominentes habían de salir de la generación formada por los mismos conservadores. ¿Era una verdad la sentencia? Podría ser errónea en cualquiera otra circunstancia y con referencia á otros países del viejo mundo; pero entre nosotros—y en todo el continente americano—ha sido de verdad profética. ¿Obedecía esto á algún origen extraordinario?

Si no conociéramos de antemano á los conservadores, diríamos que han proporcionado los hombres para la libertad del pueblo, porque de sus aulas han salido para la pelea; tendríamos que agradecerles algo bueno: el gran contingente que han puesto para fomentar vocaciones en los valientes soldados que ha tenido la patria. Pero el agradecimiento desapa-

rece, al considerar que los héroes se hacían á fuerza de patriotismo y no con la expresa voluntad de sus educadores. Estos les daban albergue en sus colegios, porque ellos eran los dueños únicos de los poquísimos establecimientos de instrucción que había entonces, y no se imaginaban que sus educandos tenían que luchar algún día en su contra, para derribar los principios de absolutismo; que si ellos hubiesen sido algo previsores, ni la independencia del país se proclama. Mas, amoldados en la ineptitud de un monarca débil y cobarde, como Fernando VII, vivían tranquilos, creyendo en la inmortalidad de las cosas humanas; soñaban con una dominación eterna y se les iba el tiempo en las disputas de familia. Quedan vivos los recuerdos de las luchas entre canónigos y religiosos, entre cabildos y prelados, entre franciscanos y dominicos; y todo esto por los supuestos derechos sobre tal ó cual propiedad. Parece mentira que, mientras el glorioso Las Casas no tenía sobre qué reclinar la cabeza, sus sucesores andaban á la greña, disputándose riquezas y terrenos; mientras Valencia y Quiroga miraban con desprecio los honores de este mundo, sus pósteros todos andaban en juicios civiles para sostener derechos y prerrogativas sobre tal ó cual pedazo de tierra.

No podían, los que tal hacían, formar hombres que los destronasen y les pusiesen tasa á sus ambiciones, reduciéndolos á las verdaderas reglas disciplinarias de una religión superior y de altos fines eternos. Precisamente, en sus aulas enseñaban una sumisión absoluta á un monarca que nadie conocía, ó á un virrey advenedizo, que pasaba el tiempo en in-

trigas cortesanas y disponiendo de todos los destinos. Se formaron, sí, aquellos varones denodados en los seminarios, porque estos establecimientos eran los únicos abiertos á la instrucción, y, claro, todos ellos eran dirigidos por eclesiásticos, simples ó regulares. Por lo mismo, la disciplina prohibía á los alumnos cosas que se consideraban demasiado libres, tanto en el campo científico como en el social. En el primero, nadie podía sobresalir, en sentido de investigar sobre el origen de ciertas verdades del orden revelado, y en el segundo, servidumbre completa á la nobleza, y . . . á algo más, peor que la nobleza. Cuando solía alguno tener facultades extraordinarias, entonces se le procuraba cortar las alas, prohibiéndole toda clase de lectura.

Aquel estado de cosas no podía ser más estrecho; la instrucción no podía ser más reducida y monótona, pudiendo uno y otra tener más amplios horizontes. Figúrese si, en un aprisionamiento tan terrible, había intención de formar libertadores. Que si al Partido Conservador se le viene á la imaginación siquiera que dentro de los seminarios surgía un núcleo de guerreros contra aquel orden tirante, asegura más las cadenas de la esclavitud, y los tribunales de la inquisición se hubieran encargado de lo que ellos llamarían *atentados contra Dios y el Rey*.

Nada; convengamos en que no es ni de agradecerseles el haber salido de los seminarios los patriotas para ir á la lucha. Si ellos preven lo que iban á hacer Hidalgo, Matamoros y Morelos, el fusilamiento que se llevó á cabo más tarde, se hubiese apresurado;

si se enteran de las futuras intenciones de Juárez y Lerdo de Tejada, y leen en lo porvenir la aparición de la Constitución de 57, ninguno hubiera llegado á la edad del discurso, ni los clérigos les hubiesen enseñado nada.

A pesar de todo, por ironía del destino, los liberales más famosos y los reformadores más empedernidos fueron hijos de los seminarios. Porque la libertad se conoce mejor cuando se vive en un país de esclavos; entonces, para adquirirla, se estudian los mejores medios, y éstos suele proporcionarlos el mismo enemigo: estando con él, recibiendo lecciones de él, se podrá disponer de puntos verdaderamente estratégicos. Nadie conoce mejor las entradas y salidas de una casa, que los que han entrado en ella y salido de ella.

No por voluntad de sus educadores, sino en fuerza del destino, los liberales se formaron en los seminarios. Al principio de la revolución, iniciada por los audaces seminaristas, la persecución del elemento conservador fué tenaz, de muerte, é iba acompañada de denuestos y epítetos denigrantes para los jóvenes guerreros, sedientos de franquicias liberales, solicitadas y negadas siempre. Pero después, cuando la caída fué segura y el hundimiento completo, los defensores de los conservadores, para vanagloriar á los suyos, lanzan en cara á los liberales de que son hombres más talentosos y sus héroes más afamados han salido de los colegios clericales.

Esto es un ardid de mal género y nada prueba. Probaría sí cuando los conservadores los hubieran enseñado á ser libres, y no cuando aprendieron á ser-

lo á impulsos de un corazón grande y vocación de mártires.

Por lo demás, es cierto que los liberales de más peso son hijos de los seminarios, como los primeros enemigos de un padre criminal son sus propios hijos. ¿Y esto qué prueba? Ayer desconocían los conservadores los méritos de cierto grupo de ciudadanos, y ahora los confiesan, adjudicándose la gloria de ellos.

El más terrible adversario en un parlamento es el que surge del mismo parlamento y conoce sus constituciones.

II

Sin embargo, pasados tantos años, ahora se puede apreciar en todo su valor la obra de los liberales, porque las consecuencias están á la vista; y, hayan ó no surgido sus generales del campo contrario, su valor es digno de admiración de los verdaderos ciudadanos.

Pero ninguno de los héroes de entonces ha tenido la fortuna de sobrevivir á su obra, porque casi todos fueron iniciadores de ella: pusieron la primera piedra para el edificio, para que los sucesores lo continuasen. ¿Quién debía verlo concluído? Creo que ninguno pudo adivinarlo; porque, dados los caracteres bélicos de los mexicanos, no era tan fácil prever quién debía ser capaz de reducir al pueblo al orden y llevarlo á la cumbre del progreso.

Como pasa en todos los países; caído un gobierno, todos aspiran á los primeros puestos, y de esto surgen nuevas dificultades.

La república tenía el aspecto de un cadáver y salía de sus entrañas algo que remedaba el gemido último de un agonizante. La revolución contra el extranjero había terminado, pero los ánimos descontentos, se puede decir, aun estaban en el campo de la lucha, esperando la recompensa. Y se desató nueva tormenta sobre el país, con marcadas señales de una lucha de gigantescas proporciones. Se envolvió la república en otras guerras intestinas, como si el airado Marte hubiese jurado diezmar á los mexicanos, despertando continuas discordias.

Iba la nación recorriendo el largo camino de su áspero calvario, llevando á cuestas, como Cristo, su pesada cruz. La primera revolución fué contra los hijos de Pelayo, la segunda contra el Primer Imperio, y la tercera para derrocar á los imperialistas de nuevo cuño. Todas ellas fueron de grandes estragos y sembraron la desolación en todo el país, con más ó menos vicios de humanidad. Lo cierto es que caminábamos de guerra en guerra, sin que nadie se atreviese á asegurar cuándo podría llegar el fin.

III

En lo más ardoroso de la contienda, cuando más empeñada estaba la campaña, surge de las aulas del seminario de Oaxaca un joven tierno aún y, aventando lejos de sí el Nebrija, se lanza al combate, resuelto á vencer ó á morir. Ni las dulces palabras de su protector, que era un obispo, ni las indicaciones de sus profesores y amigos, ni los consejos de sus mayo-

res, fueron capaces de contener el ardor bélico que se agitaba en el pecho de aquel adolescente doncel.

Floreaba la primavera ante los ojos del estudiante, y la vida comenzaba á prodigarle las ternezas de sus caricias. Un mundo de ilusiones se agitaba en su cerebro bajo el sol tropical de Oaxaca y constantemente removido por el suave viento que en las surianas regiones sopla á veces. Bullían en su mente las ideas del porvenir, un porvenir grande y halagador; soñaba en los confines de una carrera literaria coronada á fuerza de inauditos desvelos sobre el libro; pensaba en la grandeza, en la sublimidad y en los medios para adquirirlas. Desfilaban ante él las figuras magnas de Cervantes, Shakespeare, Homero y Dante; tenía en la imaginación gravadas las imágenes de Tito Livio, Justiniano y Cicerón. Pasaba aquel estudiante sus horas en la meditación más profunda.

Diríase que tanto pensar, no correspondía á sus años. Sin embargo, casi desapercibido, seguía del mismo modo. Y es que vió la luz en un Estado propicio para la meditación, en aquel clima delicioso de Oaxaca y en aquel valle circuído de esbeltas y verdes montañas. Ese mismo suelo meció la cuna de otros grandes hombres cuya historia nuestro joven estudiante había bien aprendido de memoria.

Un sol tropical, ¿tiene mayores influjos sobre el destino de los hombres? Un clima benigno y delicioso, ¿ejerce poder sobre los corazones? Al considerar el número de guerreros que dió Oaxaca, ocurre hacer las anteriores preguntas.

Estas circunstancias de la naturaleza, obraron también en el ánimo de nuestro joven estudiante. El es de estatura mediana, color del más puro criollo del país, porte airado y distinguido, mirada perspicaz é investigadora, tímido en el hablar y de pocas palabras. Era proverbial en él el orgullo propio de raza. Sus acciones eran vehementes, y, en los momentos de arrebató, su sola mirada lo hacía aparecer como Marte, de resolución irrevocable. Por aquellas venas corría valiente la sangre de Cuauhtémoc: en todos sus actos tenía semejanza completa con el héroe azteca.

Si alguno de sus profesores hubiera estudiado á aquel joven oaxaqueño, hubiese comprendido el gran porvenir de gloria que le esperaba á éste y los eminentes servicios que la patria le demandara. Y él mismo ¿sabía lo que valía? Dados los caracteres de generosidad y mansedumbre que distinguen á los hijos del sur del país, creo imposible que él previera el importante papel que tenía que desempeñar en los destinos de la nación. La humildad es genuina en los mexicanos, y, siendo él de sangre pura, ¿había de suponerse superior á los demás? En México los ciudadanos procuran cumplir con todos los deberes, sin manifestar jamás espíritu de altivez mal entendida: son valientes hasta el sacrificio y nobles hasta la sublimidad. El reverso del europeo, que siempre tiene aire de señor, aunque ocupe último lugar en la esfera social.

Todas las grandes cualidades y las heroicas virtudes se desarrollan en mayor escala en los pechos surianos. Nuestro estudiante poseía en grado super-

lativo los dones eminentes que hacen del hombre á un ser extraordinario.

Este estudiante á quien me refiero, era el joven Porfirio Díaz, actual Presidente de la república.

IV

Para la juventud de entonces, el mejor porvenir era tomar las armas é ir á batir á los enemigos de la patria; y el Estado que más contingente dió en soldados, fué Oaxaca. En la segunda emancipación nacional, el Estado de Oaxaca puede considerarse como el salvador de la república: con sus hijos venció á los enemigos, y ellos fueron los que dieron las leyes actuales, que son los formidables muros de inexpugnable fortaleza, y han puesto á salvo los intereses nacionales y asegurado la estabilidad del respeto al derecho ajeno, desconocido en los tiempos coloniales.

Peligraba la libertad del país, cuando el joven Díaz, abandonando las aulas, se lanzó al combate: dejó el libro por el fusil y la espada. Todos creían en la muerte del incauto soldado; pero el destino le tuvo señalada otra suerte: el que ha sufrido aquella transición repentina de colegial á soldado, debía ser, corriendo los tiempos, uno de los hombres más grandes de América.

Se afilió de combatiente raso en el primer pelotón de tropa que se acuarteló en Oaxaca. Con el fusil al hombro y la espada después al cinto, estaba satisfecho de su suerte, porque su sino era la guerra.

Por esto, cuando al primer disparo de los cañones y el batir de los tambores, oyó sonar los clarines, nuevo espartano, se arroja á la lucha, para no deponer las armas hasta que triunfe la república. La patria necesitaba de sus hijos, y él le ofreció en holocausto su vida.

Aquel bizarro soldado mostró un valor desmedido, una resolución y un arrojo inauditos, sembrando el asombro hasta entre sus mismos jefes. ¿Aprendió á luchar con Napoleón el Grande? Sus hazañas lo identificaban con los ardientes guerreros griegos y romanos. ¿Quién había de creer que el estudiante de Oaxaca tuviese tantos bríos para el combate? Así parecía que se había impuesto la tarea de diezmar á los enemigos en determinado número de horas.

Estuvo en todas las acciones grandes contra los franceses, y fué adquiriendo su ascenso militar desde soldado raso, hasta llegar al grado más alto de la Ordenanza. Desde que empezó su carrera, fué obteniendo victoria tras victoria, coronándose de inmarcesibles lauros. Hecho prisionero, supo burlar la vigilancia de sus capataces y escaparse de sus garras. Pero el paso más temido fué el que dió cuando, conduciéndolo á Ulúa, abandonó la lancha y se arrojó al agua, jugando el todo por el todo. Afortunadamente, pudo saltar á tierra, debido á su habilidad en la natación.

Probablemente, esta escapatoria sólo es comparable con la acción de Cortés, quemando en aquellos mismos sitios sus naves, para cortar el paso á su tripulación sublevada. Aquellas playas veracruzanas fueron testigos del heroísmo del conquistador, tam-

bién era necesario que dieran fe de los actos de arrojo de un libertador.

Los biógrafos señalan este hecho como el más culminante en la vida militar del actual Presidente; pero yo tengo al frente muchos rasgos que lo hacen émulo de griegos y romanos; sólo que yo no pienso escribir una biografía; vengo á estudiar simplemente el importante papel que ha desempeñado en la marcha ascendente de la nación. Para ello he tenido necesidad de vincular á los grandes hechos posteriores del estadista, los hechos anteriores del militar.

Ahora bien, ¿no fué providencial la aparición del señor general Díaz en el teatro de la guerra? Sólo el toque de un clarín bélico hace despertar en su pecho el heroísmo, y se lanza á la lucha, sin querer regresar á los patrios lares antes de acabar con los enemigos. Su figura llegó al colmo de la grandeza: cumplió con su deber y sobrepujó á sus compatriotas, viniendo á ser aún más grande como gobernante que como militar. No sólo supo destruir, sino también construir sobre las ruinas magníficos edificios de sólida arquitectura. En medio de un partido extremo, escogió el medio.

Ha sido para México el general Díaz, lo que Pelayo para España, y Juana de Arco para Francia: un militar dotado de empuje sobrenatural, un valiente audaz y atrevido, un héroe de inmarcesible gloria, un hombre aguerrido y de corazón de bronce. Si él hubiera nacido en Grecia ó en Roma, lo hubiesen inscrito en la lista de los dioses inmortales, y su busto estaría fundido en bronceos moldes y puesto á la

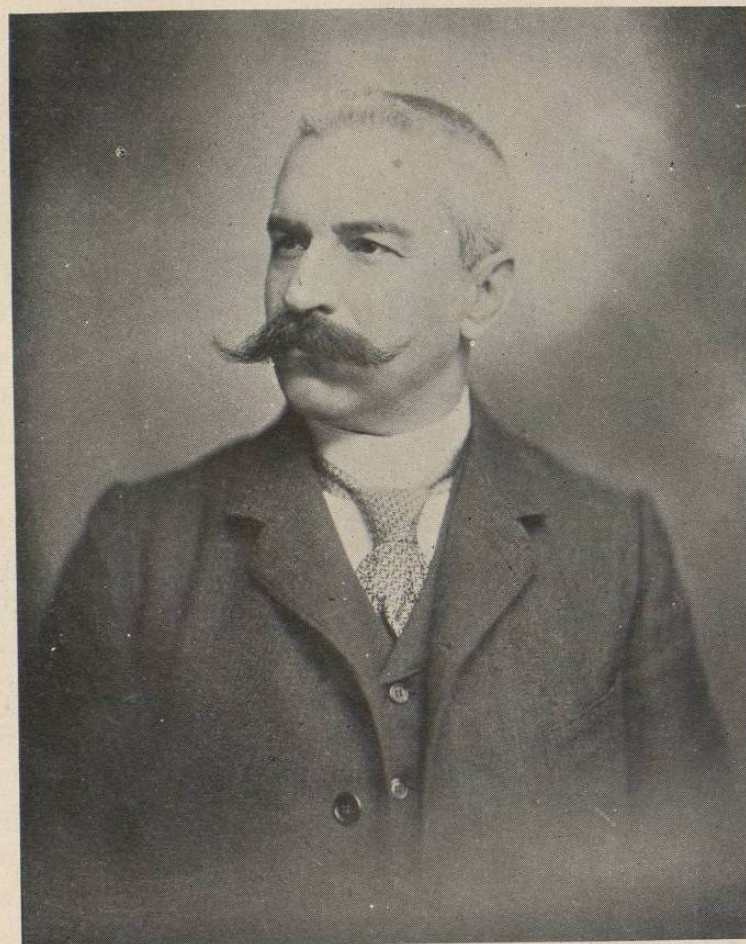
adoración de los helénicos repúblicos y de los romanos patricios, en los altares de la patria.

El estudiante de Oaxaca llegó al apogeo de la milicia, y, hoy, triunfante, empuña el estandarte de la paz, cuyos cimientos él puso. Los que le conocieron entonces, ya están convencidos de que figuras tan grandes en la guerra y tan sublimes en la paz, son apariciones raras en el cielo de la historia, y pueden ascender al Partenón y tener por pedestal al mismo Júpiter Tonante.

Propios y extraños conocieron el valor del antiguo seminarista que se fué al combate con la fe del patriotismo por compañera, y ahora, propios y extraños también, lo admiran como al ángel pacificador. Sobre la misma espada vencedora en la guerra flota el estandarte que ondula al compás del desarrollo de la paz, anunciado por las trompetas de la fama.

Sus hechos marciales necesitan un cantor como Homero; sus conquistas de progreso necesitan la fluida estrofa de Virgilio.

¡Tal es el héroe émulo de griegos y romanos, que, hoy ufano y en medio del general aplauso, alza la frente llena de orgullo y patriotismo hasta tocar el cielo de la gloria!



SR. RAMON CORRAL,
Secretario de Gobernación